

# La educación para la convivencia y la paz

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. VÍCTOR GARCÍA HOZ (\*)

## COEXISTENCIA, CONVIVENCIA Y EDUCACION

Aunque sea un tópico, bueno es comenzar recordando que el hombre necesita abrirse y ponerse en relación con el mundo que le circunda y en especial con los *otros*, con los demás hombres. Esta relación empieza en la coexistencia, factor determinante de los grupos humanos. Cualquier miembro de una familia, de una institución escolar, los que participan en cualquier reunión humana, incluso los que al mismo tiempo transitan por una calle, coexisten. También se podría decir que en un montón coexisten muchas piedras, pero ya se ve que tal existencia es radicalmente distinta de la coexistencia humana. En el caso de los puros objetos, la coexistencia es un accidente; una piedra puede estar con otras muchas piedras o puede estar sumergida en el agua sin contacto con ninguna otra roca. En un hombre la coexistencia humana es necesaria para continuar viviendo. El mero coexistir —estar juntos— es la condición necesaria para una relación que el hombre aspira a convertir en convivencia. Convivir no es simplemente existir el uno junto al otro sino participar mutuamente de sus vidas. Es en esa participación donde la existencia humana alcanza su plenitud y cumplimiento.

En tanto que factor de la vida humana, la tendencia a convivir se convierte en un factor de la educación. Una faceta del proceso educativo es el refuerzo y orientación de la tendencia a convertir la mera coexistencia en convivencia. El centro educativo se resume en ofrecer —como tantas veces se ha dicho— una situación de aprendizaje y un ámbito de convivencia.

---

(\*) Sesión del día 13 de mayo de 1986.

La convivencia se apoya en aquellas disposiciones humanas —conocimientos, actitudes, hábitos— que se especifican por la alteridad, es decir, por referirse a los otros. Se puede entender como la realización de la vida social de suerte que disposiciones para convivir y disposiciones sociales vienen a tener una misma significación.

## DISPOSICIONES PARA LA CONVIVENCIA

Las disposiciones sociales constituyen un entramado complejo de rasgos generales que si pudieran ser ordenados linealmente se iniciarían en la capacidad de percepción de los fenómenos sociales y terminarían subjetivamente en las tradicionales virtudes de la justicia y la generosidad y objetivamente en las situaciones y actividad implicados en los conceptos modernos de participación, integración y colaboración social.

Aceptando que la vida específicamente humana empieza en un conocimiento y que, a su vez, el conocimiento se apoya en la percepción, la vida social del hombre tendrá su fundamento en el conocimiento social que, a su vez, se apoya en la percepción de los fenómenos sociales.

Una ordenación de los elementos implicados en la vida social del hombre, establece cuatro fenómenos que vienen a ser como etapas sucesivas: sentido social, conciencia social, actitud social y hábito social (García Hoz, 1971, 17). El sentido social es una aptitud cognitiva en virtud de la cual el hombre se halla abierto a su entorno y que se proyecta en la capacidad de conocer los elementos y las relaciones del movimiento y del orden social. La percepción, aunque es en sí un producto final de cierto número de operaciones separables (Haver, 1969), se puede tomar como la síntesis de la actividad del sentido social.

## PERCEPCION DE PERSONAS

Dentro de la percepción social ocupa un lugar relevante la «percepción de personas». La percepción de personas es probablemente la conducta perceptiva más difícil, pero también la más importante. Resulta paradójico pensar que el percibir a una persona sea más difícil que el percibir una mera cosa, puesto que con aquella tenemos semejanzas ya que participamos de su misma condición. La paradoja se explica porque no hay realidad más compleja que el hombre ya que en él se halla una síntesis del universo, y, por otra parte, su condición personal queda escondida tras de las manifestaciones externas de sus palabras o sus acciones.

De experiencia común es que percibimos o conocemos a los otros a través de sus palabras, sus trabajos, sus emociones. Pero la percepción de la persona propiamente

se alcanza cuando todos estos elementos perceptivos referidos a un sujeto se unen en un esquema orgánico o un contexto unitario en el que se manifiesta el valor atribuido a la persona objeto de nuestra atención. En cierto modo, la percepción personal es tanto como «conceptualizar» alguno o algunos rasgos, es decir, formar alguna clase de representación mental de esa persona, usualmente una representación adecuada, abstracta y simbólica.

Cuando a uno se le pide que describa a alguna persona se le está incitando a una «diferenciación cognitiva», expresión que tiene dos significados: el número de elementos o criterios que un sujeto puede utilizar para describir a otro, y la capacidad del perceptor para diferenciar claramente estos elementos y así discriminar efectivamente a un sujeto. Aunque no haya evidencia completa, para que entre estos significados haya una alta correlación.

Cuando no se condiciona o limita la respuesta de un sujeto a quien se le pide que describa o valore a una persona, el número de rasgos es elevado. Normalmente pasa del medio centenar, cuando se trata de adolescentes y adultos, y en ellos se mezclan diferentes características humanas, que van desde rasgos físicos y concretos, como edad, sexo y apariencia, hasta características tan interiores como las virtudes morales y aun religiosas (1). Sobre tal multitud de rasgos, la percepción de personas «capta» la unidad existencial y esencial de cada ser humano.

Como fenómeno perceptivo, la «percepción de la persona» es el comienzo de la «comprensión del otro». Realmente se llega a la completa percepción de alguien no sólo cuando se le conoce como un objeto sino cuando se le valora en tanto que es persona.

Es una prerogativa decir que valorar a una persona es descubrir o aprehender el valor o los valores que en tal persona residen.

«En cualquier hombre existe algún aspecto en el que otros pueden considerarlo como superior» (Santo Tomás, S. Th., 2-2, 103, 2). La más acendrada manifestación de la capacidad perceptiva de personas es justamente descubrir la faceta humana en la cual aquel a quien miramos alcanza una especial excelencia.

La dignidad ontológica de la persona —en tanto que entidad superior a los puros objetos— se ve robustecida por la percepción de la dignidad moral que va unida al reconocimiento de los valores —intelectuales, artísticos y técnicos, morales, religiosos— que afloran y se desarrollan en el ser personal de cada hombre. Este reconocimiento de los valores lleva consigo la percepción del otro como bien de uno mismo. Avanzando en esta percepción y la actitud de respeto subsiguiente, llegar a descu-

---

(1) En una reciente investigación, en la que se pidió a escolares de 13 a 18 años que señalaran las características más importantes de un personaje universalmente conocido y admirado, señalaron 55, número que viene a ser análogo al que se menciona en el texto.

brir que los otros son el bien más grande con el que nos podemos encontrar, ofrece el mejor fundamento para una convivencia armoniosa y enriquecedora de la persona de cada uno. Nuestros «semejantes» son los seres de quienes más ayuda podemos esperar y, a su vez, los mejores receptores de la ayuda que nosotros podemos prestar. Hacerse cargo de esta doble posibilidad es poner un buen cimiento a toda relación social.

## CONCIENCIA, ACTITUDES Y HABITOS SOCIALES

Percibir la conexión entre nuestra vida y la de los demás hombres lleva como consecuencia el descubrimiento de que los hechos sociales constituyen una realidad en la que se halla comprometida nuestra existencia. Afinando el lenguaje, podríamos decir que el sentido social se transforma en conciencia social. La conciencia es también conocimiento, pero algo más. Tiene conciencia social el que, además de conocer la realidad social, se siente vinculado a ella. En la conciencia social alborea el sentimiento de responsabilidad cuando nos hacemos conscientes de la posibilidad y del deber de colaborar activamente en la vida de la comunidad.

El sentimiento que tiene como referencia una actividad posible, abre la puerta a la actitud. La actitud, estado en el que hay elementos mentales y biológicos, es tanto como disposición inmediata para la acción. Es incipiente y preparatoria, condición previa para una acción posterior, pero no actividad en sentido estricto. Tiene un carácter bipolar, señalando una dirección a la actividad que ha de venir. Dirección de acercamiento o de alejamiento, de simpatía o de antipatía, de amor o de odio, positiva o negativa, en suma.

Las actitudes positivas de adhesión a una persona o a un grupo, de integración en un conjunto humano o comunidad, de aceptación de las normas, de participación activa en los trabajos, preanuncian una vida social fecunda.

Y, tras de la actitud, el hábito social, que vale tanto como el principio inmediato de una actividad.

La formación para la convivencia tiene su objetivo final en la promoción y refuerzo de los hábitos sociales. Como medio de educación, el ámbito de convivencia que ofrece cualquier centro educativo, se hace eficaz en la medida en que es utilizado como condicionante para que en él se ejerciten los hábitos de convivencia que se quieren promover y desarrollar.

La actividad social, tal como se acaba de describir, empieza en el conocimiento y termina en los hábitos.

La noción de conocimiento social sigue teniendo vigencia en los estudios pedagógicos; en la práctica educativa no sólo sigue vigente sino que ha cobrado un pecu-

liar relieve hasta llegar a constituir una de las grandes áreas de conocimiento en todos los currícula o planes de estudio, en la que se incluyen las clásicas materias de Historia y Geografía con los modernos campos de la Sociología, la Política, para constituir ese conglomerado, complejo y de límites imprecisos, que se vienen ya llamando «ciencias sociales».

El tradicional concepto de hábito operativo sufrió el eclipse anejo al eclipse de la filosofía tradicional, pero su persistente vigor le hace reaparecer bajo otras denominaciones nacidas del predominio pragmatista y empírico de las ciencias experimentales. Aptitudes sociales, conductas sociales, habilidades sociales, respuestas activas sociales, destrezas sociales (Cartledge, G., y Milburn, J. F., 1980), son otras tantas expresiones que se pueden entender como incluidas en el aristotélico concepto de hábitos operativos.

## EDUCACION EN Y PARA LA CONVIVENCIA. LA JUSTICIA Y ALGO MAS

Cualquier entidad educativa, no sólo la escuela, sino la familia, el grupo de amigos, el cuerpo profesional, constituye un ámbito de vida en el cual es menester que actúen los hábitos sociales. Sin la aceptación, implícita o explícita, de unas reglas comunes, sin respeto de unos a la acción de los otros, sin aportación del propio esfuerzo, aunque sea mínimo, la entidad no podría subsistir. Ello vale tanto como decir que el simple hecho de formar parte de una entidad social pone en acción, y, por lo mismo, refuerza, los hábitos de convivencia.

Pero una institución escolar ha de llegar a más: disponer conscientemente la convivencia misma para la ordenación y refuerzo sistemático y constante de los hábitos sociales.

Cuando las distintas posibilidades de convivencia se realizan sin graves obstáculos, es decir, aceptando de buen grado cada uno a los otros como un bien propio y complaciéndose en ellos, en esta aceptación se aposentan la alegría y la paz. Cuando a alguno de los otros se les mira como un mal, como un obstáculo a la actividad o situación que uno desea, surge la insatisfacción y la lucha. La paz es condición para la convivencia humana porque sólo en la convivencia *pacífica* encuentra el hombre el ámbito adecuado para el despliegue constructivo de su personalidad. Hay una tendencia universal a la convivencia pacífica, pero el hecho mismo de que se pueda adjetivar de pacífica la convivencia ¿no alude a la existencia de una convivencia no pacífica? La lucha se ofrece a la vista como contrapunto de la convivencia pacífica. La paz y la guerra son las caras —contrarias entre sí— de la convivencia. Educar para la convivencia es preparar para la paz y, a la vez, preparar para la contención de la lucha. Sobre esta relación hemos de volver.

Cuanto en el capítulo anterior se dijo sobre las posibilidades del trabajo cooperativo para la promoción de valores sociales no se debe olvidar en la educación para la convivencia. No sólo en el trabajo cooperativo, sino en toda la vida escolar, actúan y se desarrollan los hábitos sociales que se pueden sintetizar en la justicia, pero desbordan su campo estricto. La generosidad en primer término y aun todos los hábitos orientados hacia el bien tienen trascendencia social.

La justicia —sumariamente vista como el dar a cada uno lo suyo— es una virtud obligada para poder vivir en sociedad. La generosidad va más allá, no se conforma con dar a cada uno lo estrictamente «suyo», sino que el hombre generoso está dispuesto a dar sin medida; la justicia, en fin de cuentas, es algo que tiene que ver con los números, mientras que la generosidad nace fundamentalmente del amor.

Los actos de justicia y generosidad, como los de cualquier virtud, en ocasiones, son difíciles de cumplir porque tenemos una apetencia natural de bienes y, en primer lugar, de bienes materiales, que son los que con mayor facilidad se perciben y los que con mayor urgencia se sienten porque se hallan directamente relacionados con nuestro organismo sensible. En la medida en la que se pudieran disminuir o debilitar nuestras apetencias materiales, se fortalecería la virtud de la justicia y la generosidad y, por consiguiente, la disposición para la paz. La disminución de la apetencia, vista desde otra cara, no es ni más ni menos que el aumento de nuestra *capacidad de renuncia*.

La renuncia, de suyo, es una actividad antinatural. Todo ser tiende a mantenerse y aun a ampliar sus perfecciones. Pero las limitaciones humanas obligan constantemente a elegir. Mediante la elección enriquecemos nuestro ser tomando algo entre varias posibilidades que se nos ofrecen, pero también tiene un aspecto negativo en cuanto al elegir ese algo, se prescinde o deja lo demás. Cuando nos hacemos conscientes de tal prescindencia *renunciamos* a una cosa por elegir otra mejor. La tendencia psicológica a renunciar sólo se da cuando el hombre, en virtud de tal renuncia, espera encontrarse más apto para alcanzar cosas mejores.

¿Qué tiene que ver la renuncia con la paz? Hay un dicho castellano según el cual «dos no riñen si uno no quiere»; si uno no quiere reñir o si no quiere una cosa por la cual otro está dispuesto a pelear. Si frente a un posible conflicto, los dos o al menos uno de los contendientes está dispuesto a renunciar, la paz sustituirá a la guerra. La capacidad de renuncia se muestra claramente como un factor de paz.

Más ¿qué razón podemos encontrar para que la capacidad de renuncia opere constantemente en la vida de un hombre? La contestación a esta pregunta vendrá también de la distinción entre bienes espirituales y bienes materiales. Las guerras, individuales y sociales, nacen —ya se ha dicho— de que varios individuos o comunidades apetecen un mismo bien. El peligro de colisión desaparecería si los que ambicionan determinada cosa pudieran poseerla o disfrutarla de tal suerte que la

posesión o disfrute por parte de uno no impidiera la posesión o disfrute por parte de otro. La posibilidad de que un bien sea disfrutado pacíficamente por varios tiene únicamente dos fundamentos: o la naturaleza propia del bien que de suyo sea inagotable, o que el hombre use del bien de tal modo que respete su integridad.

De experiencia corriente es la existencia de bienes espirituales y bienes materiales. Los bienes materiales están signados por la transitoriedad y por la limitación cuantitativa, de suerte que, corrientemente hablando, cuando un bien material es alcanzado por un individuo, hace imposible la posesión o la utilización por parte de otro. Los bienes espirituales, al contrario, están fuera de la limitación cuantitativa, por lo que su posesión o empleo por parte de un hombre no impide la posesión o utilización por parte de otro; parece poder decirse que los bienes espirituales son inagotables. Por poner un ejemplo, un violín en tanto que objeto material, puede ser sólo poseído y utilizado por una persona, pero el placer estético de una audición musical puede ser gozado simultáneamente por incontables personas; en el primer caso estamos frente a un bien material; en el segundo, frente a un bien espiritual.

También en cuanto al modo de posesión encontramos una doble posibilidad. Poseemos aquello que libremente podemos usar o disfrutar, *uti vel frui*, según queramos; en el uso o disfrute podemos poner en actividad nuestras potencias sensibles, como cuando cogemos un alimento con la mano y comemos, o nuestras potencias espirituales, como cuando aprendemos y nos gozamos en el conocimiento adquirido. De donde se infiere que hay un modo de posesión sensible o material y un modo de posesión espiritual.

Independientemente del objeto poseído, también el modo material de posesión agota el bien, mientras el modo espiritual le deja intacto. Si un hombre se come un trozo de carne impide que otro se lo coma, pero si un hombre practica la abstinencia respecto de un pedazo de carne, no impide que otros muchos hombres practiquen tal virtud.

En el ejemplo que acabo de mencionar se ha visto un bien espiritual, la virtud de la abstinencia, referida a un objeto material, la carne; es que el modo espiritual de posesión no está necesariamente desligado de toda referencia a lo material, sino que es capaz de producir un bien espiritual, arrancándolo en cierto modo de un objeto sensible. En la vida humana hay una abundancia de bienes espirituales montados en las cosas materiales; hasta pudiera decirse que lo propio del hombre, lo específicamente humano, consiste en poseer y utilizar *espiritualmente* incluso los bienes materiales.

De estas someras reflexiones se infiere con claridad que «ni los bienes espirituales ni la posesión espiritual de los bienes materiales pueden ser fuente de conflictos. Únicamente puede haber colisión cuando los hombres aspiran a poseer materialmente las cosas materiales» (García Hoz, 1962 a, 107).

La capacidad de renuncia tiene otro nombre, *sobriedad*. La consideración de este valor o virtud fácilmente nos lleva a ver cómo la sociedad de consumo en la que nos hallamos sumergidos, es un excelente campo de cultivo y fuente de colisiones y guerras individuales y sociales. Esta condición de nuestra sociedad hace más necesaria que nunca la educación para la sobriedad como un fundamento de la educación para la paz.

En esta conclusión se dice que no sólo las virtudes sociales, especificadas por la alteridad y resumidas en la justicia y la generosidad, han de hacerse objeto de educación en orden a la paz. También las virtudes personales fundamentan la armonía social.

La promoción y refuerzo de la sobriedad exige la capacidad de percibir y gozar de los bienes espirituales. Mas la tendencia psicológica a renunciar, sólo será eficaz cuando el vacío de la renuncia se cubra con la esperanza de alcanzar cosas mejores. El primer paso en la educación para la sobriedad será el descubrimiento de valores más altos que aquéllos hacia los cuales el hombre se encuentra inmediatamente atraído. Si la paz social puede perturbarse por la apetencia de los bienes materiales, síguese que para fortalecer la paz hay que atraer al hombre hacia los bienes espirituales. En líneas anteriores está dicho que la renuncia de los bienes materiales, capaces de desviar a un hombre de su camino, es eficaz cuando encuentra otros bienes para sustituir a aquéllos. El ser humano necesita estar en disposición de descubrir y saborear los bienes espirituales para que su lucha contra las tendencias puramente materiales tenga sentido. Y vaya por delante que cuando hablo de bienes espirituales no me refiero simplemente a los de orden sobrenatural, sino también — y en esta ocasión principalmente— a los bienes espirituales propios de la naturaleza humana, a los que, con un solo adjetivo, podríamos llamar bienes culturales.

La formación cultural de un hombre, en la medida en que le hace capaz de percibir y gustar de los valores estéticos, de los valores sociales de la amistad y la comunicación, de los valores éticos del dominio en sí, es otra de las bases para una educación al servicio de la paz. Cuanto mayor capacidad tenga un hombre para promocionar los valores que acaban de ser mencionados, tanto mayor capacidad tendrá para renunciar, incluso para ser poco sensible, a los bienes materiales.

Resumiendo, si los conflictos vienen por el camino de los bienes materiales, la gran tarea que la educación tiene delante es la de fomentar la capacidad de producción y goce de bienes espirituales.

Se harían demasiado largas estas reflexiones si pretendiéramos desarrollar el pensamiento de la relación entre el trabajo y la paz. Pero, al menos, debemos apuntarla. Si los hombres fuéramos capaces de prescindir totalmente de los bienes materiales o al menos del uso material de ellos, bastaría, para resolver el problema, con que la educación realizara eficazmente la tarea que se acaba de señalar. Pero como

la naturaleza humana exige vivir también de lo sensible, se vislumbra otro quehacer de la educación para la paz: desarrollar en el sujeto la capacidad de trabajo tanto como medio de producir bienes materiales —para uno mismo y para los otros—, cuanto como factor de satisfacción y germen de alegría en la vida del hombre (Cfr. García Hoz, 1982, 45-61). Vale la pena no olvidar que la alegría es fuente de paz.

## LA PAZ Y LA GUERRA

En líneas anteriores se aludió a la mutua implicación de la paz y la guerra. El remate de la educación en y para la convivencia es tanto como la formación humana en y para la paz. Es obligada una reflexión sobre las relaciones del proceso educativo con la paz y la guerra.

Hablar de la paz es, más que mencionar una idea, invocar un anhelo universal que se manifiesta constantemente, tanto en el lenguaje coloquial cotidiano cuanto en las manifestaciones públicas de los medios de comunicación, documentos oficiales y estudios sistemáticos. Es un tema frecuente en la historia del pensamiento humano y una constante preocupante en la vida del hombre corriente.

Cuando en una conversación familiar alguien expresa su deseo de «*vivir en paz*», y cuando en los foros internacionales o en los ámbitos culturales se estudian las «*condiciones de la paz*», se está mencionando algo que es al mismo tiempo igual y diferente. No parece muy aventurado decir que cuando la paz se menciona fuera de los círculos de la amistad y de la familia, su significado se refiere, más que al trato interindividual, a una relación social. Dentro de esta significación social, el hombre de la calle tiene más bien un concepto negativo de paz, el concepto de «ausencia de guerra», situación que implica la necesidad de recurrir a la idea o la visión de la guerra para conocer la paz. También en las reflexiones, digamos sistemáticas, sobre la paz es menester contraponerla a la guerra.

No podemos olvidar que la relación entre la guerra y la paz tiene un carácter singular. Son contrarias y, sin embargo, una de ellas, la guerra, está en función de la otra, la paz. El que lucha intenta destruir un obstáculo real, o impedir o neutralizar una situación o actividad que se opone al logro, posesión o uso tranquilos de un bien. La guerra empieza por destruir la quietud, la estabilidad, el sosiego de una situación; es una rotura de la paz. Mas el que inicia una lucha quiere cambiar una situación por otra y en este deseo va implícito el empeño de que la nueva situación que se espera alcanzar con la victoria, se pueda disfrutar sosegadamente, en paz. Clausewitz advirtió que nada desea tanto el conquistador como dominar apaciblemente. Paradójicamente, la guerra empieza por romper una paz con el fin de instaurar otra. Es la paz, o las paces, la preexistente y la subsiguiente, las que dan sentido a la guerra.

En el correr del pensamiento humano, la paz ocupa un puesto singular.

En las más importantes religiones, desde el budismo hasta las grandes confesiones monoteístas, la paz significa la cúspide de las aspiraciones humanas y de las promesas divinas.

En las reflexiones filosóficas, la paz se estudia unas veces unida al fenómeno íntimo de la amistad, como en el caso de Aristóteles y Cicerón y otras implicado en el orden internacional como en los grandes tratadistas del XVII.

Y coexistiendo con el estudio de la realidad, la paz ocupa un puesto destacado en las Utopías, desde Platón a Skinner, sin duda porque la humanidad se mueve en el dramatismo de una aspiración universal contradicha por la continuada experiencia de la guerra bien expresada en el conocido verso de Job, según el cual la vida del hombre sobre la tierra es milicia.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, los estudios sobre la paz han adquirido un desarrollo extraordinario. Han pasado de los campos filosóficos y jurídicos a los de las ciencias positivas y la educación. Ya en noviembre de 1946, las Naciones Unidas señalaron la oportunidad de plantear el problema de la paz en el marco de una metodología científica. La idea fue bien acogida; en un repertorio de 1966 se enumeran alrededor de doscientas instituciones que concentraban sus estudios en el tema de la paz. La «irenología» —ciencia de la paz— iba tomando cuerpo al lado de la «polemología» —ciencia de la guerra—. Hoy se cuenta con un buen elenco de disquisiciones sobre la paz; existe un campo más o menos delimitado para la Peace Research, expresión anglosajona de uso universal. Se discute sobre el peligro de la *investigación orientada* que intenta sugerir decisiones concretas en orden a la paz y se refuerza la *investigación aplicada* cuidando de no identificar al posible usuario de la ciencia con específicas propuestas políticas; se habla de *paradigma analítico* contrapuesto al *paradigma sistémico*; se invoca la interdependencia de los distintos niveles de análisis de la paz; hay una línea de investigación que se desarrolla en *clave semántica*, en la que el repertorio irenológico se proyecta en las expresiones de los diferentes idiomas; las tradiciones culturales y las condiciones geopolíticas se incorporan a los estudios sobre la paz, que, a su vez, se ponen en correlación con las cuestiones polemológicas. El último congreso de la Internacional Peace Research Association, celebrado en la India, al amparo de la Fundación Gandhi, ha hecho una tentativa de integrar las varias prospectivas de la Peace Research en el concepto general de «ciencia del desarrollo global del hombre».

Junto a los estudios teóricos sobre la paz en distintas instituciones culturales, se han desarrollado extraordinariamente las iniciativas en favor de una educación para la paz. A ellas me referiré más adelante.

## LA PAZ COMO UN CONTINUO Y LA GUERRA COMO UN SISTEMA TEMPORAL

Los intentos de sistematizar las diversas manifestaciones de la paz lleva a considerarlas en campos diferentes que también se pueden mirar como distintos tipos de paz:

Paz personal, interior.

Paz interpersonal.

Paz social.

Paz internacional.

Paz universal.

De hecho, tenemos una experiencia más viva de las guerras, que tal vez se perciban con más nitidez porque el dolor atrae más nuestra atención.

Pero la misma experiencia nos dice que las guerras son situaciones que ocupan tiempos y espacios limitados, de suerte que en un mismo espacio hay tiempos de guerra y tiempos de paz, y en un mismo tiempo existen, simultáneamente, y perdóname la redundancia, espacios en paz y espacios en guerra. De aquí la distinción entre la paz *del* mundo y la paz *en el* mundo. Se podría hablar de paz del mundo cuando se extendiera a todo el Universo. La guerra se puede entender como un «sistema temporal», es decir, un quehacer organizado, que se inicia con un fin determinado y se acaba cuando éste se alcanza. Trasladando a la categoría espacial este concepto de sistema, las guerras que no tienen carácter universal tienen también unos límites espaciales precisos. La guerra y la paz coexisten. Vale la pena retener esta idea, fundamental para la posibilidad de una educación para la paz. Cuando la humanidad se halla en una situación tal que no toda ella está implicada en la guerra —algún o algunos pueblos, algunas entidades sociales— no se podrá hablar de paz del mundo pero sí de paz en el mundo.

Los mencionados campos de la paz se pueden considerar como un continuo que va desde la paz interior, en la intimidad del individuo, hasta la de mayor extensión, la paz universal o mundial. En medio se hallan esas situaciones de paz en diversos grupos humanos, constantemente amenazados por luchas sociales y por fenómenos tales como la delincuencia o el terrorismo, también formas de guerra.

Los límites de este continuo señalan con claridad las dos características fundamentales del problema de la paz. La paz interior es una realidad personal; la posibilidad de influir en ella es claramente pedagógica. La paz exterior, universal, es una realidad sociopolítica. El medio de influir en ella es directamente político. Entre estos dos extremos se hallan los ámbitos intermedios que según estén más cerca del límite interior tienen mayor carácter pedagógico y según se hallen más cerca del límite exterior tienen carácter predominantemente político.

Esta visión de la paz como un continuo muestra claramente la distinción entre los factores pedagógicos y los políticos y, al mismo tiempo, la incidencia de unos y otros en los problemas de la paz.

Entrando en el problema de las relaciones entre la educación y la paz, conviene empezar por destacar un hecho: en las dos situaciones límites de la paz, la interior y la universal, interviene la voluntad de los hombres. En la medida en que la voluntad puede ser objeto de educación en uno y otro tipo de paz, se abre un camino para el influjo de la educación.

La paz interior es fruto del estímulo y control de las tendencias y actividades propias del hombre. En la guerra, la paz internacional se quiebra por un acto de voluntad, declaración de guerra, y vuelve por otro acto de voluntad, el tratado de paz. La palabra latina *pax* viene de *pactum*, acuerdo de voluntades; el pacto que da fin a una guerra es un hecho claramente político. Al plantear el problema de la posible influencia de la educación sobre la paz en el mundo, nos estamos preguntando por el influjo de la educación en las decisiones políticas.

## ESTUDIOS E INICIATIVAS INTERNACIONALES SOBRE LA PAZ Y LA EDUCACION

En líneas anteriores se ha dicho que desde el fin de la segunda guerra mundial se han multiplicado los trabajos sobre la paz. Junto a los estudios irenológicos, es de justicia señalar la existencia de una multitud de movimientos en su favor, entre los cuales ocupan un lugar destacado los planes, iniciativas y experiencias en la educación para la paz.

La heterogeneidad de este movimiento educativo hace difícil una visión ordenada en el que se incluya toda su diversidad de manifestaciones. Elio Damiano, en un estudio sobre la educación para la paz en la escuela, señala dos corrientes: «una confusa en su evolución, que llamaré *asociativa* porque es el producto de grupos espontáneos, movimientos, organismos de voluntariados y que llamaré *oficial* porque viene a ser coincidente con el sistema de las escuelas asociadas de la UNESCO» (Damiano, 1985, 228).

Una y otra línea suelen coexistir en los países donde el movimiento a favor de la paz ha alcanzado suficiente desarrollo. El Centro para la Educación Internacional de Alkmaar (Países Bajos), el Centro para Estudios Internacionales de Exmouth (Gran Bretaña), el Jordanhill Project in International Understanding en el Jordanhill College de Glasgow, son una buena muestra de iniciativas y centros nacidos en Europa. En los Estados Unidos son muchas las universidades que tienen cursos y departamentos de investigación sobre lo que se empezó a llamar comprensión internacional y que a partir de los años setenta se prefiere presentar como «desarrollo global del hombre» (Damiano, 1985, 28).

Los resultados de tales iniciativas no se pueden considerar ciertamente satisfactorios. En muchos casos quedan reducidos a cursos de información sobre los organismos internacionales y en otros derivan hacia temas tales como los derechos humanos, la injusticia social, el racismo, el diálogo intercultural, la lucha contra el hambre, en cuyo desarrollo más que el estudio sereno de objetivos privan actitudes de resentimiento social que, empezando por el estudio de la violencia, puede terminar bien en la difusión de técnicas de «no violencia», lo cual parece perfectamente legítimo, pero en otros casos, bajo el rótulo de la defensa popular alternativa, se enseña el uso de las armas en caso de ocupación (Damiano, 1985, 221). Objetivos como educar «para la lucha contra la violencia institucionalizada» (Damiano, 1985, 241) se prestan por lo menos a confusión en el modo de interpretarlos y llevarlos a la práctica.

Probablemente, la escasez de resultados positivos, tras los esfuerzos hasta ahora desarrollados, se deba a que la educación para la paz se ha planteado en términos de Pedagogía visible; es decir, con programaciones y objetivos inmediatos y concretos, predominantemente exteriores — conocimientos y contactos sociales de unos y otros grupos—, y se han olvidado los aspectos profundos de la educación: la formación y refuerzo de actitudes y hábitos de convivencia social. Por otra parte, salvo las iniciativas encuadradas en los llamados movimientos de «educación global», la educación para la paz se aborda como un tipo de educación desvinculado de la formación total del hombre, con lo cual se halla como una planta sin suelo donde nutrirse.

El concepto sumativo de la educación resulta poco atrayente desde el punto de vista teórico y de eficacia sólo inmediata en la práctica. Es el concepto orgánico, o el concepto sistémico para emplear una expresión que ahora está de moda, el que tiene más posibilidades de fundamentar una educación para la paz. En esta idea, todos los elementos educativos concurren a reforzar cualquier especificación del quehacer educador. Si la educación se orienta hacia la paz, a la paz servirán cualesquiera elementos que intervengan en el proceso formativo.

## **EL TIPO DE HOMBRE PROMOTOR DE LA PAZ. PACIFICOS Y PACIFISTAS**

El problema pedagógico respecto de la paz se puede plantear bien preguntándose por aquellos rasgos de la personalidad humana que deben ser cambiados a fin de disponerle más adecuadamente para la paz o bien preguntarse por el tipo de hombre más adecuado para vivir en paz. Es el clásico problema del estudio analítico o del estudio sintético, del estudio de los rasgos o del estudio de los tipos. Creo que uno y otro planteamientos son útiles.

Empezando por la visión unitaria de la persona humana, podríamos preguntar-

nos por el tipo de hombre que se pretende formar a través de una educación para la paz.

La contestación parece obvia. El hombre capaz de vivir en paz, de participar en su establecimiento y de contribuir a su permanencia: el hombre pacífico, en suma.

En el mundo de hoy se oye hablar poco del hombre o los hombres pacíficos. Apenas si de cuando en cuando en un ambiente religioso se hace referencia al aprecio divino que promete la felicidad a «los pacíficos». Pero en las relaciones corrientes, que dominan en la sociedad actual se oye hablar mucho de «los pacifistas». ¿Es lo mismo el pacífico que el pacifista? Por lo pronto, el adjetivo o nombre de pacífico invoca directa y exclusivamente la paz. Cuando se oye o se utiliza esta palabra se dibuja en la imaginación la figura de un hombre sosegado, tranquilo, dispuesto a conversar y colaborar apaciblemente a quienes con él conviven. El nombre o adjetivo de pacifista parece que en sus elementos morfológicos, denotativos, también se refiere a la paz, pero la connotación inmediata nos lleva a la guerra. El pacifista es el que habla, gesticula y a las veces toma actitudes violentas contra la guerra. Podría concluirse que el pacífico es el que lleva y ofrece la paz, mientras que el pacifista es el que lucha contra la guerra. Si la paz es orden y la guerra arrebato, el pacifista se podría entender como un hombre de pasión mientras el pacífico sería un hombre de razón. El pacífico es portador y constructor de la paz; el pacifista es combatiente, destructor de la guerra.

El planteamiento del tipo de hombre que se quiere formar es útil para ofrecer una orientación general a las actividades educativas. Pero dice poco respecto del camino concreto que debe seguirse. Es más útil preguntarse por aquellos rasgos que deben ser cultivados porque cada uno de ellos señala una finalidad concreta y unos medios particulares para el quehacer educativo.

Aceptando que la paz es el resultado de la armonía, bien de las propias tendencias de uno mismo, bien de las tendencias de un hombre con los demás, habríamos de preguntarnos por aquellos rasgos o tendencias susceptibles de provocar el nacimiento de la paz y consolidar su situación. En otras palabras, si no tenemos miedo a las expresiones tradicionales y nos hacemos cargo de que la paz es un bien, habríamos de preguntarnos por las virtudes o cualidades propias del hombre pacífico.

La primera, capacidad de criterio moral sobre los conflictos humanos. Toda guerra, en tanto que conflicto entre hombres, conlleva un problema ético. Predomina el concepto negativo que a veces llega a la descalificación total. Pero es menester hacer algunas precisiones.

La paz es el bien de todas las cosas. Si lo propio de la lucha es la rotura — destrucción — de un bien, no es extraño el pensamiento común de que es un factor negativo de la vida humana. En principio así parece; pero basta reflexionar breve-

mente para hacernos cargo del valor positivo que la lucha puede tener en la existencia del hombre. También es un hecho de experiencia universal que la vida no transcurre sin dificultades, las cosas y las leyes físicas, las exigencias morales y sociales, ofrecen a veces obstáculos como una cuesta arriba o una montaña pueden hacer difícil y aun imposible la continuación de un camino. Quitar ese obstáculo, destruirle, es ciertamente una condición necesaria para seguir haciendo lo que pensábamos hacer. La lucha contra los obstáculos es un quehacer en la existencia cotidiana del hombre. Sin capacidad de lucha, la vida no podría continuar. Luchar contra las enfermedades y los agentes que las producen es una condición necesaria para continuar la vida en sentido biológico; luchar contra los obstáculos que se oponen a las exigencias morales de la vida es condición necesaria también para vivir de acuerdo con la dignidad humana.

Supuesta la necesidad de lucha es lógico pensar, y la experiencia diaria lo muestra, en la existencia de disposiciones naturales en el hombre para luchar. La literatura universal y, por supuesto, los estudios psicológicos, ponen de relieve la existencia de una disposición natural para luchar que se manifiesta en los primeros días de la existencia de un hombre.

Hay explicaciones para todos los gustos sobre la naturaleza de la mencionada disposición. Desde la mención de un instinto luchador (Bovet, 1922), ligado a los dos grandes instintos fundamentales del animal, el de la nutrición y el de la reproducción, hasta los modernos y múltiples estudios acerca de la agresividad humana (Feschbach, 1970).

La agresividad es un rasgo de la personalidad humana que aparece desde los primeros años en los niños (Barret, 1979, 193-204), adquiere peculiares características en la adolescencia, especialmente como manifestación de un impulso en el cual se exterioriza el afán de estimación (Spranger, 1935 a) y se mantiene a lo largo de toda la existencia con diferentes características según la edad y el sexo (Mackovi y Jacklin, 1980, 964-980). Los estudios actuales sobre la violencia humana resaltan su enorme complejidad en la que intervienen condicionamientos biológicos, condicionamientos sociales y reacciones primarias junto a operaciones abstractivas y simbólicas (Laborit, 1986).

La lucha se manifiesta externamente en la agresión, que suele definirse como la conducta que lastima a otro o pretende lastimarlo pudiendo llegar incluso hasta la destrucción.

Pero la lucha no es sólo una actividad externa que se manifieste en actos agresivos contra los que nos rodean. Toda una tradición ascética habla de una lucha interior (García Hoz, 1962). En la Psicología moderna también se menciona la interioridad de algún tipo de luchas. En ocasiones, se habla de pugna entre representaciones, tal es el caso de Herbart; en otras, en las que aparece más claramente la

idea de lucha, se menciona ésta como un conflicto entre tendencias contradictorias (Herbart, s.f.).

## LA EDUCACION PARA LA PAZ EN EL MUNDO. LUCHAS NEGATIVAS Y LUCHAS POSITIVAS. VALORACION ETICA

Cualquier acción educativa para la paz tendrá que hacerse cargo de la disposición del hombre para la guerra (llámese instinto luchador, llámese agresividad, llámese de otra manera).

A primera vista, podría parecer que el fin de la educación para la paz es destruir la tendencia humana a luchar, pero en este caso el hombre quedaría reducido a un ser inerte a quien los obstáculos de la vida llegarían a destruir; sería tanto como dejarle sin vida. La finalidad de la educación para la paz ha de ponerse, no en la destrucción de la capacidad luchadora del hombre, sino en su encauzamiento, es decir, en una orientación tal que se empeñara únicamente en las luchas que tienen sentido positivo y renunciara a aquellas otras que resultan negativas para la existencia humana. El problema, entonces, sería determinar el criterio, ético predominantemente, para distinguir entre las luchas negativas y las luchas positivas.

La distinción entre luchas exteriores y luchas interiores puede ser un buen punto de partida. Esta diferenciación se halla estrechamente ligada a la distinción entre bienes materiales y bienes espirituales. La lucha exterior nace porque se presentan obstáculos a nuestra apetencia de cosas materiales; la lucha interior se origina en los obstáculos que dentro de nosotros mismos existen y se oponen al desarrollo de virtudes tales como la justicia, la generosidad, la sobriedad, necesarias para mantener y reforzar la paz.

Las luchas exteriores tienen como finalidad la destrucción de algo fuera de nosotros; si ese algo es una cosa material como la roca que obstruye el camino que queremos seguir, destruirla es un acto positivo. A situaciones como ésta nos referimos al hablar de «lucha contra los elementos de la naturaleza». Pero, como las cosas materiales pueden ser, y de hecho lo son, utilizadas y poseídas por los hombres, en muchas ocasiones la destrucción o simplemente el uso o la posesión de las cosas, tropieza con el uso o la posesión por parte de los demás, originando una lucha entre hombres. En la lucha el contrario es un *obstáculo*, personal o material; en la guerra, el contrario es un hombre o un conjunto de hombres visto como *enemigo* o *adversario*. Es esta lucha entre hombres la que propiamente llamamos guerra; es esta guerra la que destruye la paz. La guerra contra los otros nace siempre de una ambición injusta por alguna de las partes o por las dos; de aquí su carácter negativo.

Mas la vida humana no sólo tropieza con obstáculos exteriores. La ignorancia,

el egoísmo, la pereza, la avaricia, la ambición de poder, viven en nuestro interior y son dificultades que se oponen a las exigencias de la dignidad humana. Son otros tantos elementos con los que hay que luchar si verdaderamente se quiere vivir como hombre.

En verdad, esos sentimientos o tendencias interiores tienen un punto de referencia exterior. Se ambicionan riquezas, puestos sociales, objetos que halagan nuestra vanidad; pero tales incitaciones exteriores resultan eficaces únicamente cuando provocan en nuestro interior un estado psicológico generador de una tendencia determinada que trate de desviarnos de las exigencias o valores éticos. El inconveniente no está en los objetos externos sino en la situación interna que a su conjuro se produce en nosotros. Son desafíos a nuestra voluntad que necesita echar mano de la fuerza suficiente para poder rechazarlos.

La educación habrá de fortalecer en cada hombre la capacidad de lucha interior para combatir, dentro de sí mismo, las tendencias que le empujan al mal. Desde este punto de vista el hombre pacífico es en verdad el hombre de razón, capaz de utilizarla para ordenar y someter a la voluntad los impulsos que pudieran desviarla del bien. La fuerza de la voluntad para someter a su imperio los actos humanos tiene un nombre tradicional y sonoro: la fortaleza. No conozco muchos estudios sobre la fortaleza en relación con la paz. Y valdría la pena estudiarla detenidamente, tanto en su sentido general como firmeza de ánimo —que es condición de toda virtud— cuanto en su significación especial referida al peligro. En uno y otro caso la fortaleza es necesaria, tanto para imponer la paz en nuestro interior cuanto para defenderla en el exterior.

La guerra, en tanto que implica destrucción de vidas humanas es en sí recusable, mala. Pero esta idea necesita ser matizada. Los hombres tienen la obligación de guardar su vida y sus bienes. Si éstos, y especialmente aquélla, se ven amenazados, la defensa es un deber; la guerra será, en este caso, un acto de justicia.

Los fundadores del Derecho Internacional Público en el siglo XVII elaboran la doctrina clásica de la guerra justa. Según esta doctrina «es justa la guerra cuando defiende una causa justa, se conduce de acuerdo con unos medios correctos, no hay otra alternativa de vindicación, existe una esperanza razonable de victoria, y el bien probable es mayor que los efectos negativos de la conflagración» (Innerarity, 1986, 62-3).

A las anteriores consideraciones se podría añadir que la lucha armada entre hombres promueve valores humanos tales como el honor, la camaradería, el espíritu de sacrificio. Glenn Gray, en *The Warriors*, describiendo sus experiencias de la segunda guerra mundial, llega a hablar de «los atractivos secretos de la guerra» (Gray, 1959, 28 y ss.).

Apurando todavía más la cuestión, a veces se habla de efectos negativos y del

«coste de la paz». La paz continuada parece producir un hombre unidimensional, incapaz de propósitos y proyectos, más allá de sí mismo.

La guerra ofrece un espectáculo pasmoso y desconcertante entre destrucciones impresionantes y actos personales dignos de admiración. Sus efectos alcanzan en ocasiones una enorme extensión. Pero su dramatismo se vive de verdad en el ámbito de la vida y la muerte personales.

Es hermoso morir en defensa de una causa noble. Mas la defensa puede ser ofensa a quien se opone a la causa. La posibilidad de morir conlleva la posibilidad de matar. La unión de estas dos posibilidades hace surgir a su vez dos cuestiones. La vida del hombre a quien se combate, ¿no valdrá más que la nobleza de la causa que se defiende? En segundo lugar, si el enemigo no es una persona sino una colectividad ¿qué pensar del riesgo de matar a un inocente? A este riesgo acude toda propaganda de guerra que tiende a rebajar la capacidad moral del adversario. Si uno cree todo lo que dicen los partes de guerra, resulta que las bombas y los proyectiles artilleros del enemigo tienen una especial habilidad para matar niños, mujeres y ancianos.

Este riesgo es mayor a medida que el desarrollo de la técnica ensancha el radio de acción de un arma. Hoy se ha llegado a una situación en la cual la existencia de armas atómicas extiende cada vez más la posibilidad de destrucción y muerte a gran cantidad de hombres no implicados directamente en la guerra... Si es que ahora puede hablarse de alguien que no esté implicado más o menos directamente en una conflagración.

Habrà de replantearse la cuestión de la posibilidad de guerras justas y de sus condiciones. Tal vez la guerra atómica nunca pueda ser una guerra justa. Por otra parte, la llamada «carrera de armamentos» impide, o al menos dificulta extraordinariamente, la aplicación de muchos medios y actividades al remedio de las necesidades de la Humanidad. No parece que tiene sentido ya el viejo adagio «si quieres la paz prepara la guerra»; mas lo cierto es que el miedo a la guerra mundial viene evitándola desde hace más de cuarenta años, aun cuando la paz sea verdaderamente precaria y esté constantemente amenazada.

La capacidad de criterio personal adquiere en nuestros días un dramático relieve si se ha de evitar el peligro de la manipulación y las actitudes pasionales.

## ¿PUEDE LA EDUCACION INFLUIR EN LA PAZ UNIVERSAL?

Tal vez parezcan ingenuidades las reflexiones que acabo de hacer. Seguramente —se dirá—, pueden servir para evitar los pequeños conflictos entre vecinos, de tal suerte que en las conversaciones o en el trato con quienes cotidianamente nos

rodean no encontremos graves dificultades. En otras palabras, la educación para la paz que, en líneas muy generales se acaba de diseñar, servirá en todo caso para lo que se puede llamar paz individual o en pequeños grupos. Pero ¿qué influencia puede tener en los conflictos armados que continuamente se desarrollan en unos sitios o en otros y que también continuamente amenazan con estallar en una gran conflagración mundial?

El anterior interrogante nos obliga a poner los pies en el suelo, pero de ningún modo conduce a conclusiones totalmente desalentadoras. En primer lugar, vale la pena tener en cuenta que nunca los frutos de la educación se recogen de una manera inmediata, ni siquiera rápida; el quehacer educativo es una inversión a largo plazo; se siembra hoy y sus frutos se recogen mucho tiempo después. La transformación de un hombre, la adquisición de hábitos persistentes y la neutralización de las disposiciones negativas, requieren tiempo y esfuerzo continuado, tiempo que se mide por años. El educador y el que conscientemente se educa, son hombres de esperanza o no tienen nada que hacer. De aquí una pregunta más concreta: ¿qué fundamento tiene la esperanza de que la educación de hoy para la paz tenga resultados eficaces aunque se muestren tras un largo período de tiempo?

Dos razones tenemos para esperar. Pensemos, en primer término, que las decisiones que afianzan la paz o desencadenan la guerra son tomadas por unos hombres determinados, tal vez pocos, tal vez muchos. Si estos hombres fueran capaces de ver que el bienestar de los pueblos, aunque requiera un mínimo de condiciones materiales, se halla, sobre todo, en la posibilidad de establecer relaciones satisfactorias en la vida cotidiana —en las que se asiente la conciencia de seguridad personal, de entrega a un trabajo satisfactorio, de una vida familiar placentera, de la posibilidad de esparcimientos decorosos para cuyo disfrute se necesita una formación cultural adecuada—, la sociedad se orientaría, más que a la conquista del poder material, político o económico, a la producción de bienes culturales y a la creación de condiciones adecuadas para que los ciudadanos pudieran desarrollar libremente su personalidad.

Por otra parte, no se puede olvidar que aun en medida infinitesimal, todos y cada uno contribuimos a la construcción de la sociedad y quienes ejercen la autoridad, incluso en las situaciones llamadas autoritarias, necesitan de algún apoyo popular para poder gobernar con eficacia. El apoyo popular no consiste simplemente en la obtención de una mayoría de votos en determinadas ocasiones, sino en el ambiente social adecuado, dentro del cual se genere y refuerce una actitud de aceptación del presente y de esperanza en el futuro. Intentar que desaparezcan o al menos se debiliten las actitudes egoístas, las ambiciones desaforadas, las violencias injustas, son otros tantos elementos para desterrar el descontento, la frustración y la desesperanza, que son el mejor caldo de cultivo para las luchas humanas, ya sean de ámbito reducido ya se extiendan a grandes sectores de la humanidad. La creación de este ambiente es obra de todos. Tiene como base una formación personal bien orientada

y se va creando en la convivencia y colaboración pacíficas con quienes cotidianamente nos relacionamos. Una comunidad se caracteriza por la condición de sus miembros ¿por qué no abrigar la esperanza de que los hombres, educados para la paz, lleguen a construir una sociedad pacífica?

## EL CAMINO HACIA LA PAZ EN EL MUNDO

El continuo que se mencionó al comienzo de estas reflexiones, puede servir de hilo conductor para un planteamiento completo de la educación para la paz: Empezar por la promoción y refuerzo de actitudes y hábitos que lleven a la paz interior, al dominio de sí mismo; esta finalidad, exige el cultivo de la fortaleza que lleve a intentar y mantener con constancia la lucha contra la propia ignorancia, el egoísmo y la pereza, el miedo. Pasar después a los hábitos de concordia y convivencia con quienes tenemos a nuestro alrededor: La formación cultural que haga capaz de gustar los bienes espirituales y abra el camino a la sobriedad, el compañerismo, la colaboración, la amistad, la justicia y la generosidad, en suma. La formación del criterio, personal y objetivo, para enjuiciar adecuadamente las situaciones y los conflictos sociales. Extrapolar las actitudes a la comunidad cuya pertenencia se experimenta físicamente —la comunidad constituida por aquellos que viven en la ciudad y comarca propia—. La conciencia de responsabilidad en la participación efectiva en la vida y perfeccionamiento de la sociedad nacional, ¿por qué no hablar de patriotismo?, proyectada en la realización de un trabajo bien hecho; la capacidad de adherirse firmemente a la verdad y de expresar, clara y sinceramente, su propia opinión respetando las ajenas. Y por fin, promocionar y fortalecer el sentido de fraternidad universal que, extendido al mayor número posible de hombres, es el condicionamiento inmediato de la paz en el mundo. Es en este momento cuando tendrían su lugar adecuado las actividades específicas, semejantes a las iniciativas internacionales ya mencionadas, predominantemente informativas. Valga la pena decir que en bastantes programas de educación para la paz se plantea el problema de orientar los contenidos de distintas materias, especialmente la segunda lengua, la geografía, y la historia, hacia la comprensión internacional. Fácil es ver que las enseñanzas serán más eficaces cuanto más se inserten y apoyen en el marco total de la formación humana.

Tal vez acabo de diseñar una nueva utopía. Pero quizás el concepto de guerra como sistema temporal nos ayude a situarnos en la realidad. Aceptemos que el sueño de la paz universal reviste carácter utópico. Pero si tenemos en cuenta que la guerra y la paz coexisten en parcelas del espacio y del tiempo en la vida de la humanidad, la idea de la paz universal podría fraccionarse en su extensión y constituir, con cada uno de los ámbitos en que se mueve la vida personal de los hombres, puntos de referencia con un fin muy preciso: establecer cada uno la paz en su entorno.

El hombre de la calle, en el círculo de sus relaciones personales; el hombre público con su acción de gobierno. Todos y cada uno de estos ámbitos podrían verse como manchas de aceite pacificador, susceptibles de ir extendiéndose hasta unirse y cubrir partes cada vez más amplias en el tiempo y en el espacio de la humanidad. Los hombres pacíficos tienen la doble responsabilidad de aceptar la parte de paz que les corresponde, y tomarla como punto de partida, esforzándose en ofrecerla a los que se hallan extramuros de la concordia.

La visión unitaria del mundo no debe impedir la mirada hacia esos pequeños mundos que continuamente aparecen y desaparecen en el marco de la historia: las personas singulares. En las anteriores reflexiones hemos visto que dentro de cada persona puede haber paz y puede haber guerra.

Aunque parezcan alejadas y distintas, la paz del mundo comienza por establecerse o deteriorarse en esa pequeña paz de cada hombre. A la política le corresponde crear las condiciones adecuadas para que las relaciones entre los pueblos sean pacíficas, es decir, sosegadas y justas. A la educación le corresponde promover y reforzar los hábitos personales necesarios para la paz. La vida pacífica de las naciones sólo se hace real cuando se apoya en hombres formados para la convivencia pacífica.

No se trata simplemente de que la paz de un hombre se vaya sumando a la de los demás hasta cubrir el mundo con una suma de paces individuales. Se trata más bien de que en cada una de ellas hay un germen de paz que es el cimiento donde se asienta en su última realidad la paz en el mundo y de donde arranca el camino para ir acercándose a la paz del mundo. Es probable que la paz universal sea una utopía, pero el camino de los hombres hacia ella, o al menos su aspiración, es una realidad. No me parece que ésta sea una conclusión ni pesimista ni optimista. Simplemente se analogan la paz, la vida histórica del hombre, y la educación. Ninguna de ellas es una situación permanente, sino un camino.

La paz del mundo como algo que alcance a toda la humanidad es un fin difícil, tal vez históricamente imposible, de alcanzar. Sin embargo, es necesario como ideal. Lo mismo que el ideal de perfección personal humana es de hecho inalcanzable y, sin embargo, es estímulo constante para ir alcanzando sucesivas perfecciones, aunque parciales, el ideal de paz mundial es también estímulo constante para ir ensanchando progresivamente los tiempos y los espacios de paz.

El camino de la paz universal empieza en la paz interior del hombre pacífico. Esta, que se puede considerar como una «paz de artesanía» no es cosa de entidades internacionales ni de grandes declaraciones. Es quehacer diario de las comunidades pequeñas, en especial de la familia y la escuela. En ellas, el gozo de la compañía, el aprecio sincero, el reconocimiento de lo que corresponde a cada uno, el respeto cordial a los que nos rodean, la disposición generosa para ayudar a los que con nosotros

conviven, son actividades y hábitos que poco a poco van configurando y reforzando personalidades pacíficas. Esta práctica diaria de la solidaridad con el vecino es el fundamento real de la solidaridad universal y la esperanza de que llegue a ser algo más que un ensueño vacío.

## BIBLIOGRAFIA

- BALDUZZI, G., et alii (1984): *Per una educazione alla pace*, Bologna, Piaro.
- BARRET, D. T. (1979): «A naturalistic study of sex differences in children's aggression», *Merrill-Palmer Quarterly*, 25.
- BOUTHOU, G. (1974): *La paix*, Paris, P.U.F.
- BOVET, T. (1922): *El instinto luchador*, Madrid, Beltrán.
- CARTLEDGE, G. and MILBURN, J. F. (1980): *Teaching Social Skills Children*, Nueva York, Pergamon.
- CHAVARRIA, M. A. (1982): *Conceptos y actitudes que subyacen en las cuestiones tratadas con más frecuencia en los medios de comunicación social*. Texto mecanografiado. Madrid, Fomento de Centros de Enseñanza.
- DAMIANO, E. (1985): «L'educazione alla pace nella scuola», en *Orientamenti Pedagogici*, 1.
- ENDERWITZ, H. (1983): *Weltweite Bildungsreform*, Köln, Bund-Verlag.
- FESCHBACH, S. (1970): «Aggression», en *Mussey, P.H. (Ed.), Carmichael's, Manual of Child Psychology*, New York, Will.
- GARCIA HOZ, V. (1962): *Pedagogía de la lucha ascética*, Madrid, Rialp.
- GARCIA HOZ, V. (1971): *Elementos para un programa de enseñanzas sociales*, Valladolid, Miñón.
- GARCIA HOZ, V. (1982): *Calidad de educación, trabajo y libertad*, Madrid, Dossat.
- GARCIA HOZ, V. (1985): *Educación personalizada*, Madrid, Rialp.
- GOMEZ PEREZ, R. (1986): *Los nuevos dioses*, Madrid, Rialp.
- GRAY, G. (1959): *The Warriors: Reflections on Men in Battle*, New York, Harper and Row.
- HAYER, R. N. (ed.) (1969): *Information processing approaches to visual perception*, New York, Holt.
- HERAUD, B. (1981): *Training for Uncertainty*, Henley, Routledge and Kegan.
- HERBART, J. F. (s.f.): *Pedagogía general derivada del fin de la educación*, Madrid.
- HOEFERT, H. W. (1982): *Person und Situation*, Göttingen, C. J. Hogrefe.
- INNERARITY, D. (1986): «Pensar la guerra», en *Nuestro Tiempo*, n.º 381, vol. LXIV, marzo.
- JOHNSON, W. (1981): *La era de la frugalidad*, Barcelona, Kairós.
- LABORIT, H. (1986): *La paloma asesinada. Acerca de la violencia colectiva*, Barcelona, Laia.
- LEWIS, M. and MICHALSON, L. (1983): *Children's Emotions and Moods. Developmental Theory and Measurement*, New York, Plenum.
- MACKOVI, E. and JACKLIN, C. N. (1980): «Sex difference in aggression», *Child Development*, 51.
- MION, R. (1986): «Studenti'85: Se scoppia la pace» en *Orientamenti Pedagogici*, xxxiii, 4.
- PIEPER, J. (1976): *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp.
- SANTO TOMAS DE AQUINO: *Suma Teológica*, 2-2.
- SECCO, L. (1983): *L'educazione della volontà*, Brescia, La Scuola.
- SICHEL, B. A. (1982): *Value education for an age of crisis*, Washington, University Press.
- SPRANGER, E. (1935): *Formas de vida*, Madrid, Revista de Occidente.
- SPRANGER, E. (1935 a): *Psicología de la edad juvenil*, Madrid, Revista de Occidente.
- WULF, Ch. (ed.) (1974): *Handbook on Peace Education*, Frankfurt, IPRA.